

# CORREO DE XEREZ

DEL LUNES 20 DE ENERO

de 1806.



PYRAMO Y TISBE.

*Idilio anacreóntico ; imitacion del de Hero y Leandro , por Don Ignacio de Luzan , que se halla en el segundo tomo del Parnaso Español , pag. 162 , con algunas estrofas , entretregidas de este.*

*Fábula 4 de los Metamorfoseos de Ovidio. Lib. IV.*

**E**l amoroso y dulce,  
el eloquente Ovidio,  
que escribió el arte amandi  
con acertado tino:

En los Metamorfoseos,  
con dulce y claro estilo,  
de Pyramo y de Tisbe  
nos cuenta el amor fino:

Pyramo bello jóven,  
diestro , gallardo , invicto,  
amaba á Tisbe hermosa  
de belleza prodigio.

Ambos en Babilonia,  
criados , y nacidos,  
en dos contiguas casas  
vivieron desde niños.

Con una pared sola  
estos dos edificios,  
y sus habitaciones  
estaban divididos.

El haberse criado  
con el trato continuo,  
fue causa de encenderlos  
en afecto tan fino.

Si



Si los padres hubieran  
en su union consentido,  
las teas maritales  
se hubieran encendido.

Mas hicieron aquello,  
que les era prohibido  
hacer, que fue vedarles  
el saciar su cariño.

En una misma llama  
ardian los dos niños,  
y hablaban mas los ojos,  
que lengua, ni sentidos.

Que quien apagar quiere  
el fuego, con cubrirlo,  
mas aumenta la llama  
del elemento activo.

Un pequeño agujero,  
rehendija, ó resquicio  
de muy antiguos tiempos,  
y por nadie advertido,

En la pared habia,  
por la qual divididos  
estaban los dos quartos  
de estos dos jovencitos.

Por el comunicaban  
sus penas sin alivio;  
pasaba de allí el fuego,  
y entraba en los sentidos;

Un fuego que es veneno,  
un fuego que es martirio;  
¿si es martirio y veneno,  
como es apetecido?

¡O pared envidiosa!  
(decian condolidos)

¿á qué poner estorbos  
á dos amantes finos?

¿Por qué no nos permites,  
al ménos el alivio  
de juntar nuestros labios  
en amor encendidos?

¡O quan poco conocen  
los yerros, los delirios,  
los bienes y los males,  
los amantes mas finos!

En aquestos coloquios  
las noches sin bullicio  
pasaban, sin sus padres  
notarlo, ni advertirlo.

De ellos se quejaron  
con triste, y lento estilo,  
y se determinaron  
á evadir sus designios:

En una obscura noche  
de su casa el recinto,  
y la Ciudad el muro  
dexar sin ser sentidos,

Y fuera de murallas  
en un ameno sitio  
mucho trecho distante  
del murado recinto,

Allá junto al sepulcro,  
y estatua del Rey Nino,  
á la sombra de un árbol,  
esperar sin ser vistos,

Y



Y hallando reparos,  
despreciando peligros,  
disfrutar himeneos  
nocturnos y furtivos.

¡Sol, que poco anduvistes,  
en el día vecino!

¡Que odiosa fue tu lumbre,  
que tardo tu camino!

Este día intermedio  
les pareció infinito,  
y contaron instantes,  
como si fueran siglos.

Llegó en fin de la noche  
el lobrego dominio,  
obscureciendo objetos  
remotos, y vecinos.

La astuta y bella Tisbe,  
cubriendo su divino  
rostro, salió de casa,  
y caminó hacia el sitio.

En él había un frondoso  
moral, que allá en lo an-  
tiguo

las moras daba blancas,  
mas que nieve y armiño.

Próxima á él estaba  
casi en el mismo sitio  
una muy fresca fuente,  
y raudal cristalino.

Junto á ella, y baxo  
el árbol  
paró á tomar alivio

Tisbe, muy bien cansada  
de tan largo camino.

En esto una leona,  
dando fuertes rugidos,  
espumas arrojando,  
á la fuente, y vecino

Arroyo deseando  
aplacar la sed vino;  
llena de carne y sangre  
de una presa que hizo.

A la luz de la luna  
venir Tisbe la vido,  
y de su saña y rabia  
huyó con pasos tímidos:

Y en una obscura cueva  
se entró, y dexó el ves-  
tido,

que cubrió su cabeza,  
en aquel dicho sitio.

Acabó la leona,  
de beber, y el vestido  
vió, y con su misma rabia  
mil pedazos lo hizo.

Pyramo que traía,  
mas de medio camino  
andado, y que veía  
mucho polvo en el sitio;

Dixo: señal es esta  
de que allí fiera ha ha-  
bido:

y con zozobra y susto  
prosiguió su camino.

Pe-



Pero al ver con asombro

el manto en sangre tinto  
de su adorada Tisbe,  
con grande pena dixo:

En una noche infausta  
se perderan dos finos  
amantes, y ella digna  
de haber muy mas vivido.

Yo, yo tengo la culpa:  
yo, infeliz, el motivo  
fui de tu triste muerte,  
dulce y caro amor mio.

Yo, que dispuse, incauto,  
el que hubieses venido,  
sin venir yo muy ántes  
á tan medroso sitio.

O vos fieros leones,  
que en estos escondrijos  
habitais, y en las breñas  
de estos ásperos riscos:

Despedazad el cuerpo  
criminal, en que vivo,  
y romped mis entrañas,  
con crueles mordiscos.

De la muerte, y sus  
garras  
huyen solo los tímidos,  
mas se abrazan con ella  
los valientes espíritus.

Esto dixo, y tomando

de su Tisbe el vestido  
va con el á la sombra  
del árbol consabido.

Y despues que sus ojos  
con tormento indeciso  
sobre el manto de Tisbe  
arrojaron dos rios;

E imprimieron sus labios

ósculos encendidos,  
que en ellos iban alma,  
potencias, y sentidos;

Recibid, dixo, luego,  
de mi amada, ó vestigios  
toda la sangre mia  
en fe de mi cariño.

Y con el mismo hierro  
de que estaba ceñido,  
se pasó las entrañas,  
y cayó allí tendido.

Qual suele de una fuente  
el caño detenido,  
saltar si se destapa,  
el agua con mas brios:

Así de la ancha herida,

que el duro puñal hizo  
saltó, y tiñó la sangre  
los árboles vecinos.

Es fama, que tomaron  
el color encendido  
de la sangre del jóven

que



que los dexó teñidos:

Y que esta humede-  
ciendo

la raíz del moral hizo,  
que las moras tomasen  
un color encendido.

La sangre de Pyramo  
les dió este color mismo,  
en vez del claro y blanco,  
que ántes habian tenido.

Entre tanto la Tisbe  
sin que su ánimo tímido  
aun hubiera depuesto  
el miedo concebido:

Creyendo la esperaba  
el jóven, volvió al sitio,  
buscándolo con alma,  
potencias y sentidos;

Con ánimo de hacerle  
ver, de quanto peligro  
logró haber escapado  
por haber de allí huido.

Al llegar junto al árbol,  
dudó si este era el sitio  
al ver negras las moras,  
que blancas habian sido:

Dudando con la vista  
de tan raro prodigio,  
con asombro, y con pas-  
mo,

del jóven vió tendidos

Los casi yertos miem-

bros

en su sangre teñidos;  
y dando atras dos pasos,  
con pavor repentino;

Mudó su color bello  
en un blanco pagizo,  
y dió sin saber como  
un profundo suspiro;

Qual el ayre acostum-  
bra

dar un ronco silvido,  
quando un pequeño viento  
le tiene conmovido.

Mas despues, que en  
sí vuelta

hubo reconocido  
á su adorado amante,  
centro de su cariño.

Con ademan furioso,  
con llanto, y con gemi-  
dos,

retorció sus hermosos  
brazos bellos y lindos.

Se arrancó los cabellos,  
y abrazando con fino  
afecto de Piramo  
el casi yerto y frio

Cadáver, derramando  
lágrimas en los sitios  
de las crueles heridas,  
é imprimiendo encendidos

Osculos en el rostro,

ya



ya casi elado y frio  
del desgraciado amante  
exclamó, y esto dixo:

Piramo de mi alma,  
¿por qué acaso imprevisto  
la suerte mas tirana  
te me quitó, ó querido?

Respondeme, Piramo,  
pues Tisbe, tu cariño  
te nombra; oye mi vida,  
vuelve Piramo mio.

Al oir de Tisbe el nom-  
bre  
los ojos oprimidos  
de la muerte Piramo,  
volvió y baxó al proviso.

Mas quando ella su ro-  
pa  
conoció, y sola vido  
la vayna en que Piramo  
trahia su cuchillo;

Tu cariño y tu mano  
te perdió, infeliz, (dixo)  
yo para mi uso tengo  
otro fuerte cuchillo.

Este es mi amor, y  
mano,  
este me derá brios  
para con tus heridas  
juntar el cuerpo mio;

Te he de seguir aun  
muerto,

y de tu fatal signo,  
aunque causa me llame  
te seguiré á mi arbitrio.

La muerte que tan sola  
podia desunirnos,  
aun este triunfo solo,  
no podia conseguirlo.

O mas que desdichados,  
padres de él y mios,  
que infelices quisisteis  
hacernos; yo os suplico

Que no negueis jun-  
tarse  
en un sepulcro mismo  
á los que une una muerte,  
y un amor unió fino.

Y tú árbol que ahora  
cubres  
solo un cadáver frio,  
y cubriran tus ramas  
pronto dos indivisos,

Señal de nuestra muerte  
sea tu color sombrío,  
y de color de sangre  
tus frutos sean teñidos;

Dixo, y se arrojó  
sobre el crudo cuchillo,  
caliente aun de la sangre  
de Piramo ya frio.

De los Dioses y Padres  
fueron despues oidos  
sus votos duplicados

sus



sus ardientes suspiros:

Porque el moral conserva

en su fruto encendido  
el color de la sangre

de dos amantes finos.

Y sus caras cenizas  
en un sepulcro mismo  
depositadas fueron,  
hasta en la muerte unidos.

*M.*

### *A LA ARQUITECTURA.*

#### *Parábola.*

Llamó un Señor poderoso á un Arquitecto, y le dixo: yo quiero que me hagais un edificio por este órden: primero como éste árbol, señalándole una encina, despues como éste peral, luego como ésta mata de junco, y últimamente como éste florido rosal. Quedóse el Arquitecto suspenso, y creyendo el Caballero, que no le habia entendido, iba á explicarle la parábola; pero el habil Profesor le dixo: no teneis que explicarmela; pues en ella debo entender, que primero me pedis la seguridad de la encina, despues la utilidad del fructífero peral, luego la comodidad del mullido junco, y en último lugar la hermosura del frondoso rosal. Ya veo que me habeis entendido le dixo el Señor de obra, y si hicieran esto todos los Arquitectos no tendrian que criticarse los unos á los otros. *S.*

#### *Otra al deseo del bien público.*

Persiguiendo un cazador á un castor, le hirió de muerte con el tiro de su escopeta. Lamentábase el herido sin saber la razon porque le mataba, y  
el



el cazador le dixo: yo te mato por aprovechar cierta especie de resina que crece en unas pequeñas bolsas, y no donde vulgarmente creen los que no lo saben, pues ella es un eficacísimo remedio anti-histérico y corroborante. Y oyendo esto el castor exclamó con alegría: ya muero consolado por lo que me dices; pues si á costa de mi vida hago tanto bien al género humano, muero con la justa vanidad de dexar esta saludable memoria entre los hombres. S.

### SUBSCRITORES NUEVOS A ESTE

*quinto tomo.*

- Don Carlos Lidier, Cirujano primero de la Real Armada, en Xerez.  
 El R. P. Fr. Gorgonio Ximenez, Trinitario Calzado, idem.  
 Don Josef Villegas, idem.  
 Don Benito de la Vela, Alcalde ordinario, idem.  
 El R. P. Prior de San Juan de Dios Fray Juan de Dios Mendoza, idem.  
 Don Juan Cnavarra, Oficial mayor del Correo, en Sevilla.  
 Don Francisco Vigne, del Comercio, idem.  
 Don Victor Elias, idem.  
 El Licenciado Don Vicente Paino, idem.  
 Don Ignacio de Ordejon y Niño, Abogado de los Reales Consejos en Velez Rubio.  
 Don Juan Josef Martinez, Comisario de Marina, y Juez de Montes en Bollullos del Condado.  
 Don Juan Francisco Jaen, Presbítero en Jubrique.